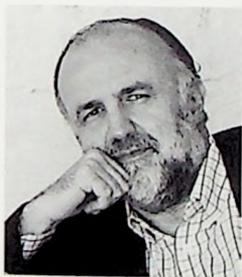


PARA PENSAR SOBRE LA MUJER



Marco Antonio de la Parra C.
Director Escuela de Literatura, UFT

Hace algún tiempo, según han demostrado excavaciones antropológicas, entre 6000 a 4000 años A.C., existió paz en el mundo (1). Durante dos milenios, se extendió una cultura desde lo que hoy sería Rumania y Bulgaria, alrededor del río Danubio, en la vieja Europa, hasta el Mediterráneo, donde es posible encontrar pequeñas imágenes de diosas que se supone atraían la fertilidad, efigies femeninas con esteatopigia, grandes pechos, grandes nalgas, grandes vientres. Las figuras no son de gran tamaño, no parecen destinadas a la contemplación sino funcionar como una semilla, una siembra del deseo de una tierra generosa, una cosecha espléndida. En las construcciones encontradas, se pueden ver representaciones de todos los animales domésticos así como objetos de uso cotidiano, menos el caballo y la espada.

Cuando se remontó la edad del bronce, aparecieron los jinetes y esta civilización fue arrasada. Final del matriarcado, ha dejado la duda sobre la relación entre la paz y el gobierno de la mujer. En los rituales selknam, más cercanos a nosotros (2), se nos contaba cómo se representa la historia de cierta época en que las mujeres controlaban el mundo a través de falsas historias que los hombres descubrieron desenmascarando lo que habría sido una falacia. Lo cierto es que la historia occidental aparece atravesada por el poder de la mujer, con excepciones luminosas pero no menos inquietantes en su excepcionalidad.

Para los romanos, el *fascinus* era el pene erecto, el poder, el gran ostentador de triunfo. Algún general trajo desde sus exitosas campañas en Oriente un gran pene, *fascinus*, fundido con el oro robado a sus víctimas que, según las crónicas que cita Pascal Quignard en *El sexo y el espanto* (3) medía cuarenta metros de largo. Lo "fascinante" era la contemplación del miembro viril, donde la raíz latina "vir" marcaba la masculinidad y así llegaba a la virtud. La castidad era un asunto ligado al embarazo dentro de la misma clase, la de los poderosos. *Casta* era la mujer que sólo se dejaba preñar por los de su mismo nivel social. Luego de producido el embarazo, poco importaba su "virtud".

La sociedad romana, con el Imperio de Augusto, alcanzó la pax universal y también asentó las bases de una sexualidad bastante más serena donde, sin embargo, se conservaba el divorcio como una práctica habitual en que cada uno de los esposos rescataba su dote y podía volver a casarse, incluso con un excónyuge y así rondar en diversos vínculos dentro de su misma clase.

Para el mundo griego, la Atenas clásica, la mujer estaba dentro de los *puédentes*, en el fondo de la casa. Como relata Richard Sennett (4), los hombres eran atendidos por ellas al recibir a sus visitantes y ellas no tenían más expansión que dos días con sus noches entrada la primavera en que se rendía culto a Adonis, por contraposición al modelo masculino de Hércules, el macho poderoso que arrebatava la inocencia y daba rienda suelta a sus instintos. Adonis era la historia de un muchacho frágil y bello, dulce y amable, asesinado por un jabalí. En las noches dedicadas a su culto, las mujeres subían a los techos de la ciudad como gatas y tenían la libertad de hacer lo que quisiesen sin tener que rendir cuentas a los hombres.

La Edad Media vistió con cinturones de castidad a las damas y el honor se impuso como regla. Era, en cierto modo, la herencia clásica de la *pax romana*, cruzada con el desprecio por el cuerpo de la espiritualidad medieval. Tal práctica generó los cantos de "amor cortés" a cargo de los trovadores. El amor devoto, lejano, que no necesita tocar a la amada y la llora y languidece. La historia de Abelardo y Eloísa retrata el sufrimiento de los amantes ante la voluptuosidad que hay que extirpar, aunque sea a través de la castración del brillante e iluminado Abelardo.

La mujer entra al Renacimiento siendo objeto de belleza. La cultura clásica la redescubre y aparecen mujeres de alto nivel, excepcionales en su época donde abundan las Madonnas, esta vez con cierta sensualidad en la pintura como la *Virgen de las Rocas* de Leonardo o el retrato revolucionario de *La Mona Lisa*. Lucrecia Borgia en Nipe o Isabelle d'el Este en el norte de Italia

ejercen poder y expresan su gusto en medio del desarrollo de una nueva burguesía acaudalada que consigue pasar de burgueses a príncipes. El cuerpo de la mujer poco a poco ingresa en el mundo del desnudo en la representación, pero más lento que el del hombre, inspirado en la antigüedad clásica.

Durante los siglos siguientes, la mujer influye desde la penumbra, como sucedió en el Vaticano, y así una reina sueca condujo a Descartes a la muerte, quejosa de su inteligencia, queriendo aprenderlo todo, al contratarlo como profesor de matemáticas y llevarlo a un frío Estocolmo donde contrajo una neumonía que terminó por matarlo. Esta reina, tiempo después, aparece en el Vaticano como pareja de un Cardenal, como lo relata Jacques Barzun (5).

A nivel popular, la mujer lo pasa mal. No tiene atisbos del poder que puede ostentar una mujer en las clases superiores y son escasos. La excepción que confirma la regla, la mujer que pinta, la artista que se manifiesta, la que puede ascender. Aparece la mujer en los retratos, desde símbolo de bellas a imagen cotidiana. Está ahí pero, de cierto modo, también no está.

El siglo XIX comienza a desarrollar el anuncio de una nueva mujer, menos sometida, que saca la palabra, que ya no quiere ser solamente tierra para la simiente masculina y desea cultivarse y participar de la política y la sociedad.

Hay que recordar que Shakespeare jamás le escribió una carta a su mujer Anne Hathaway, tal vez porque ella era totalmente analfabeta (6). La educación estaba destinada a los hombres y las mujeres deberían permanecer alejadas del conocimiento. Varias excepciones hemos citado.

El siglo XIX, la revolución industrial, comienza a remover los roles de hombre y de mujer. La creación literaria de la época estremera los hogares. *Casa de muñecas* de Ibsen provoca un

debate social intenso al mostrar la posibilidad de que Nora, su heroína, pueda abandonar el hogar ante el maltrato de Teobaldo, su marido. En el ámbito social, existieron invitaciones a fiestas que incluían la nota: "Prohibido hablar de *Casa de muñecas*". Las novelas de adulterio femenino, donde la mujer mueve los hilos, crean una pléyade de obras maestras que plantean a su tiempo una pregunta muy fuerte sobre la satisfacción de la mujer. Leemos *Effie Briest* de Theodor Fontane, *La Regenta* de Leopoldo Alas Clarín, *El primo Basilio* de Eça de Queiroz y las muy conocidas *Anna Karenina* de Leon Tolstoi y *Madame Bovary* de Gustave Flaubert.

El escándalo flaubertiano es conocido así como su declaración epatante de "Madame Bovary soy yo". Ese "Quijote con faldas", esa lectora empedernida, era un retrato ambiguo de la libertad y la condición provinciana, del arribismo y el romanticismo vulgar. Heroína de la pasión menor arremete la imagen de la mujer que podía existir. La buena dueña de casa, la idealizada señora del hogar dedicada a los hijos y al marido.

La candente situación se reflejaba en nuestro medio en las acaloradas discusiones sobre la educación femenina: me cuenta un amiga historiadora que se llegó a decir en el congreso que la instrucción regular de la mujer era el camino de la prostitución y la promiscuidad.

El siglo XX tiene suficientes guerras para que la mujer se entere que tiene un rol muy importante no solamente en el hogar. No va al frente de combate pero defiende desde la retaguardia la casa, la industria, la fábrica, los alimentos. Las sufragistas se arrojan al camino de las carreras de caballos en Ascot y la idea de una mujer con un rol absolutamente independiente comienza a extenderse. La moda muestra su cuerpo, su sensualidad; el arte las muestra diversas, opinantes, con activa participación en las vanguardias artísticas. La mujer no es solamente modelo sino también artista. Ya no solamente son los salones literarios

como Madame Sevigné. La mujer está en la calle, más instruida, más opinante. La familia cambia, la guerra la encuentra obrera, participativa.

Sabemos que los regímenes fascistas (la etimología tiene que ver con el "fascio", pero eso también tiene que ver con el "fascinus") intentan un desesperado retorno a modelos tradicionales, demostrando que el ideario de belleza del Tercer Reich o el fascismo mussoliniano es casi idéntico al del Realismo socialista. La mujer debe ser representada bella y dócil, entregada a la causa entre engranajes en la URSS o gavillas de trigo en Alemania.

Pero son solamente las señales reaccionarias de un cambio irreversible. Ya mucho antes de la aparición de la píldora anticonceptiva, la mujer ha ganado un espacio para su expresión amorosa, una independencia cada vez mayor de su pareja, una participación imposible de denostar dentro del matrimonio.

En otras latitudes, se mantiene un rol sometido, ocultando su cuerpo, practicando la ablación del clítoris, aterrados ante la emergencia de lo femenino. Sobre todo en su sensualidad tan perturbadora para el hombre. La posibilidad inquietante de que exista una disposición anatómica exclusivamente dedicada al placer, que demuestre el rol del placer en la pareja y la familia y haga temible ese secreto femenino, esa fisiología evolucionada en exceso para la pobre anatomía masculina.

El varón retrocede ante la nueva mujer del siglo XX; por algo quizás el siglo *equis equis*, como la definición genética de la sexualidad, como si este siglo hubiera sido marcado para la emergencia de un nuevo rol, de una nueva actitud. Se ha llegado a decir que de todas las herencias del siglo XX, una de las más importantes es el cambio del rol femenino.

El temor a la madre se puede leer debajo de las actitudes evasi-

vas de evitación del compromiso por parte del hombre. El temor a una mujer poderosa e independiente revive el terror de ser abandonado o el pánico a tener que hacerse cargo de demandas que superan la idea del hombre como un niño pequeño, con suerte como aquel púber que necesitó separarse de mamá para hacerse hombre, como se ve en la mayor parte de las culturas tribales.

Hoy la mujer es activa participante de la sociedad. Su poder adquisitivo ha aumentado en medio del neoliberalismo y la sociedad de mercado que ha subido rotundamente el costo de vida. Ya es muy difícil mantener el estatus económico de clase media sin que trabajen los dos cónyuges. Es muy infrecuente encontrar mujeres que se definan como dueñas de casa o, como se dijo alguna vez con extraña y oblicua mirada, "labores del sexo".

La mujer actual no soportaría hoy el adulterio masculino por leve que éste sea. La monogamia sucesiva parece reemplazar a la infidelidad. El amor, ese débil y errático sentimiento, se convierte en el sostén de legitimidad de una relación, confundiendo a los más inmaduros que no distinguen entre enamoramiento y amor ni comprenden que la pareja y la familia son fuerzas que pueden oponerse si no se cuidan ambos territorios que no son lo mismo aunque parezcan simultáneas.

Una buena familia puede ser una mala pareja y eso quedar en evidencia al crecer la prole. Tarde para remontar el deterioro oculto de una pareja donde, hoy, la mujer tiene voz y voto y no está dispuesta a una mala calidad en la relación de manera resignada.

El público femenino se convierte en un poder comprador gigantesco asegurándose, entre otras cosas, que la industria cosmética mueve más dinero incluso que el tráfico de armas. Lo escucho varias veces en boca de sociólogos. La mayor parte de la publicidad y de las decisiones de programación en los medio

audiovisuales se realizan pensando en la mujer y para eso basta detenerse frente a un quiosco de revistas. Llama la atención que la mujer ocupe la mayor parte de las portadas, ya sin complejos de sentirse meramente objetos del deseo.

El ataque feminista a la ropa interior, las hogueras de sujetadores, la invasión del canon occidental y los programas de estudio con una discriminación positiva incluyendo a la mujer por el hecho de ser mujer y sin tomar en cuenta su verdadera calidad artística, no tienen el desarrollo esperado. Hoy la lencería fina, el encaje y la sugerencia es consumo femenino directo, como el maquillaje y la coquetería en el vestir.

La mujer contemporánea parece resumir todas las mujeres. El perfeccionismo femenino, a ratos pareciendo ligado al género, la obliga a trabajar muy bien, ser muy bella, ser buena madre y, si es posible, también tener una vida sexual muy satisfactoria. Llenan gimnasios, tiendas, leen revistas propias, quieren conocer los secretos del sexo, salvan la pareja, cuidan a sus hijos. Corren de un lado para otro, demostrando por qué se deprimen en una proporción de tres a uno respecto al género masculino.

El cuerpo femenino se vuelve el prototipo de belleza y sensualidad en la nueva cultura de la imagen. En el área de servicios, ocupan la mayor parte de los puestos de trabajo aunque ascienden muy lentamente hacia los puestos más altos y su promedio de salario aún está por debajo del masculino. Las estadísticas son inquietantes. Los hombres tienen más genios pero también más idiotas y la inteligencia promedio femenina es más alta que la masculina.

En las universidades, entran más mujeres que hombres y hay que plantearse el costo de la formación profesional ante una estudiante que quizás opte por el embarazo en alguna ocasión antes que continuar ejerciendo una profesión para la cual puede estar muy dotada.

Un verso que recuerdo mal habla de la mujer como “un animal rajado”. En contacto de la tierra a través de la sangre. Como algo que la atara a lo terrestre, a lo real, a la demanda de lo cotidiano a pesar del terror de la sociedad mercantil en que vivimos.

Sobre la mesa de trabajo la mujer demanda más respeto. Con mucha más facilidad que Marx, demuestra en nuestros tiempos la explotación del hombre por el hombre, cosa que la mujer no está realmente dispuesta a aceptar y comienzan las negociaciones por jornadas parciales y nuevos modelos de estructuras laborales.

Se denuncia el maltrato doméstico, se persigue el feticidio, se sentencia sobre la violación conyugal. La ley incluye los derechos de la mujer como la antesala de los derechos del niño, tarea del siglo XXI que ya vemos en marcha.

Queda por preguntarse sobre la modificación poderosa del rol masculino ante esta nueva mujer. La reacción es confusa; aparece un temor enorme a un compromiso que ella puede cortar cuando quiera y de quien habrá demandas de paridad cuando todo demuestra que ellas son mejores alumnas, más estables en el trabajo, más atentas en clases, con mejor asistencia y con menos delitos.

Incluso se detecta la perversión femenina, más ligada al masoquismo y a fenómenos muy particulares como el Síndrome de Münchhausen, el cuadro de mitomanía de la madre para conseguir que operen al hijo pequeño varias veces con tal de que no se lo arrebatase el crecimiento natural o la marcha de la vida.

La mujer contemporánea dilata el período de embarazo; posterga lo que hoy la ciencia puede ofrecerle con perspectivas por poco infinitas. La mujer es la más beneficiada en los avances médicos que permiten cambiar su cuerpo y su sistema endocrino permitiendo una gravidez tardía, elegida, ya muy lejos de la

alta mortalidad de las madres del siglo XIX.

Hoy la mujer transita en un momento de libertad inquietante para ella misma. Aún no resuelve del todo ser sujeto u objeto. Aún posee tareas pendientes al afianzar su rol social, aunque parece una marcha irreversible. Las nuevas generaciones no tienen la menor duda de que sus esposas o, mejor dicho, sus parejas, deben ser relaciones cuidadas, protegidas. El mercado intenta manipularla como lo intentó con todo consumidor a fines del siglo XX. Pero la mujer se ha convertido en un cliente desleal, desconfiado, ya muchas veces seducido, que espera más franqueza, una actitud más abierta, un trato más personalizado.

El proceso sigue. Tal vez nos acerquemos a esos tiempos de paz sin espadas y sin caballos. Pero aún hay muchos hombres en el poder. Y el hombre parece aún llevar la guerra en la sangre y no haber superado el temor a revivir la relación con mamá. Habrá que esperar.

Bibliografía

- (1) Riane Eisler, *El cáliz y la espada*, Ed. Cuatro Vientos, Santiago, Chile, 1990.
- (2) Anne Chapman, *Los selkman*, Emecé, Buenos Aires, 1986.
- (3) Pascal Quignard, *el sexo y el espanto*, Ed. Minúscula, España, 2005.
- (4) Richard Sennett, *Carne y piedra*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.
- (5) Jacques Barzun, *Del amanecer a la decadencia*, Ed. Taurus, España, 2002.
- (6) Stephen Greenblatt, *Will in the world*, Norton, N.Y. & London, 2004.